

AUG.—¡Nietol ¡Nietño! ¡A una! ¡A dos! ¡A tres!

(*Sigue desde el balcón dirigiéndose a la tuna.*)

LA TUNA.—Unha noite n'a era do trigo..., etc.

GER.—¿Contestará?...

BAR.—Y diciéndote que sí... ¡De eso ya sé yo algo por Moncha!

GER.—¡Ay Barcaliñal (*Abrazándolo.*)—¡Viva Galicia! ¡Viva Santiago!

BAR.—¡Viva, sí, pero no estrujes!

(*El canto sigue hasta después de caer el telón.*)

Durante todo el acto, hasta la final escena, los estudiantes harán lo que les dé la gana, brincando, saltando, pintando monos y un *viva don Servando* en la pared, para dar impresión de gente moza y bullanguera.

CAPÍTULO TERCERO

La Plaza de Platerías. Al fondo la Catedral, con el pórtico practicable. Es por la mañanita, en Febrero. Durante el acto entrarán y saldrán de la Catedral las personas y en el momento que el director considere oportunos.

ESCENA PRIMERA

EUDVIGIO, una vieja, una rapaza, en el pórtico. Una señora viene por izquierda, da limosna a todos y entra.

EUD.—Santos amaneceres tenga.

VIEJA.—(*Alzando el cortinón.*)—Y rece por los pobres, doña Manuelita, que las oraciones de usted van muy derechas.

SEÑORA 1.^a—(*Desentendiéndose.*)—Buenos días, buenos días.

(*Mutis.*)

VIEJA.—Es una santa.

EUD.—Es. Pero con cuarenta mil reales de renta también yo era santo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
19 de febrero de 1925 MONTERREY, MEXICO

VIEJA.—Eso aún habría que verlo, que usted siempre fué un langrán.

EUD.—Y tú una mujer de bien. Eso es... y Dios me perdone la mentira.

VIEJA.—Mucho le han de quemar en los infiernos!

EUD.—Con tal de que me muden la compañía, puede que aún no esté mal del todo.

VIEJA.—Lo dice por mí, señor Eudvigio.

EUD.—No, mujer, no. Estoy pensando en otra. De ti no he visto nunca nada malo.

VIEJA.—¡Y cómo ha de ver sin ojos, ladrón!

EUD.—Eso también es verdad. Pero más no digo, y si te basta bueno va...

RAP.—No disputen, que vienen gente...

Señora 2.^a y la hija.

EUD.—Santa Lucía las guarde del mal de no ver.

VIEJA.—Por la Virgen de hoy, que la Candelaria es...

HIIJA.—Dame unos cuartos, mamá.

RAP.—¿Y a mí no me socorre?

SEÑORA 2.^a—No llevo más calderilla.

EUD.—Rebusque, señora, rebusque, que si el corazón trae voluntad, las manos siempre topan con algo en los bolsillos. Y bien lo merece esta pobre...

RAP.—Para ayudar de una vela.

EUD.—Es la ofrecida del Castro de Camariñas.

RAP.—Soy, señora, soy, que va para nueve días que me clavó los dientes un can de la rabia.

HIIJA.—(Que iba a darle limosna, retirándose vivamente.)—¡Ayl...

EUD.—No pase miedo, que si tiene ponzoña aún no le brotó para fuera. Pero por si acaso, acude en ofrecimiento. Déme a mí la limosna si repara, déme... Gracias.

HIIJA.—Vamos, mamá, vamos.

(Mutis las dos.)

EUD.—Y que San Roque la libre, y a los suyos, y más toda la corte celestial las ampare...

¡¡Cochinas, asquerosas, que hasta en la limosna ofenden, como si les diera menos de nuestra honrada pobreza.

VIEJA.—¡Esa es la fija!

EUD.—Y si a mano viene, somos nosotros cien veces más decentes y más generosos que ellos. ¡¡Cochinas, roñicas!!

RAP.—Es verdad, sí, señor. ¿Me da los dineros?

EUD.—¿Qué dineros?

RAP.—¡Los que dieron para mí!

EUD.—Ah, sí... Era olvido natural. Toma, toma.

RAP.—Ay, no, que dió una pieza de a dos cuartos.

EUD.—¿Y yo qué doy?

RAP.—¡Un ochavol!

EUD.—Con no ver se engaña uno mucho. Toma, toma, ¡¡que somos nosotros más decentes que ellos cien veces!!

VIEJA.—¡Y doscientas también!

ESCENA II

Los mendigos. LA GALANA

GAL.—A los buenos días.

RAP.—Muy buenos, doña Galana.

EUD.—Hoy se te pegaron las sábanas, ¿eh?

GAL.—Pues sin acostar le vengo, que estuve de baile.

EUD.—¡Buena sinvergüencería es! ¿Y que lo digas aún? ¡Qué cosas se oyen a tu puerta, santo Apóstol! El fuego del cielo tiene que caer otra vez como en Sodoma y en *Seagomorra*.

VIEJA.—¡Y muy bien ganado lo tiene el Mundo!

GAL.—¿Se puede saber por qué es la letanía, usted, sarnoso?

EUD.—Por el Antruejo que te sacara a bailar, que debe ser hombre de gusto...

GAL.—Para cuando los quise me sobaron...; pero ahora no es del caso la malicia.

EUD.—Y entonces ¿a qué fuiste?

GAL.—¡¡Fuí a la puerta a pedir!!

EUD.—¡Arreniégo te, mujer! Pero si a eso le llamas ir de baile, a pasar por la pastelería puede que le llames ir de merienda. Ahora, que después de ese merendar aún te quedarán ganas muchos días...

GAL.—Burládevos, burládevos... pero a mí la risa me salta en la faltriquera con mis buenos dineros. ¡Había un señorío! ¡Todo lo principall Bueno, el baile de la Calendaria en el Casino es lo mejor de lo mejor. Dicen que después de Madrid son los primeros.

VIEJA.—No sé qué te conteste, Galana. Mira también que los de Ferrol...

GAL.—Creo que también, si...

VIEJA.—Y de lujo y de vestir, cuanto te diga es poco. Van hasta señoras sin ropa por arriba.

RAP.—¡Jesús!

EUD.—No hay bien como el de la vista...

RAP.—Y ya hecho el negocio, ¿para qué viene y no duerme, doña Galana?

GAL.—Aún queda por comer lo maduro, que después de la parranda las señoritas cambian de traje y vienen a las misas primeras para dormir luego a su gusto.

EUD.—Y así, en paz con Dios y con el diablo. ¡¡Ha de venir el fuego del cielo, ha dell...

(*Entra un señor.*)

GAL.—(*Flañidera.*)—¿No deja una limosniña señor?... ¿Que otra vez será? Bueno... Nuestro Señor le dea con qué para otra vez.

EUD.—¡Lo que había de darles es con un hierro abrasado para quemarles el alma egoísta!

GAL.—¡Vaya, hom... que todo lo enfada!

EUD.—Porque niegan la limosna, que es obligación de rico y nos la deben. Y los que son duros de entrañas no encontrarán nunca el camino de su salvarse y andarán errantes como el rapsodo extraviado cuando no ventea el aire de su tobo. Amén.

GAL.—No maldiga, empecatado.

EUD.—¿Y por qué no? San Pablo maldecía y es santo. San Pedro renegaba y es santo. Y Jesús le negó descanso al judío errante y es Dios Nuestro Señor. Amén.

GAL.—Pues amén diremos para ver si calla dándole la razón.

(*Los mendigos entrarán en la iglesia después de un rato.*)

ESCENA III

GERARDO y BARCALA, de frac y sombrero de copa.

AUGUSTO, de frac y flexible ancho. Los tres de capa.

BAR.—Señor don Gerardo Roquer, estás en la Plaza de Platerías de la insigne Compostela.

GER.—Ya lo sé.

AUG.—Y son las siete de la mañana, señor don Gerardo Roquer.

GER.—También lo sé. Pero, ¿queréis decirme de una vez por qué andamos vestidos de mamarrachos en lugar de irnos a dormir o siquiera a cambiarnos de ropa?

BAR.—Augusto, tú, que eres un entendimiento claro y fértil, respóndele en nombre de la comunidad.

AUG.—Gracias, Casimiro, pero mi claro y fértil se oscurece ante los fulgores del tuyo.

BAR.—Gracias, Armero, don Augusto.

GER.—¿Queréis dejar las finuras... o las guasas, y contestarme?

BAR.—Sí. Primero: niego en redondo que vayamos hechos unos mamarrachos.

GER.—No por el traje; por la hora inoportuna de llevarlo.

BAR.—Segundo: me parece estulta la idea...

AUG.—¡Bien, Barcala! *Suaviter in modo, fortiter in re*. Suave en la forma y fuerte en el fondo. ¡Muy bien!

BAR.—¿Apruebas?

AUG.—A fin de curso te lo diré.

BAR.—¿La construcción y el léxico de mis párrafos?

AUG.—En absoluto. Son cervantinos.

BAR.—Lo mismo creo. Y sigo. Me parece estulta la idea de irse a dormir cuando Venus se alza rutilante en el firmamento.

AUG.—Quizás te hubiera salido mejor en albulas...

BAR.—Por eso no sufras, Augusto,

La idea de irse a dormir

en este preciso instante

en que Venus rutilante

se alza en el puro zafir

brillando al amanecer...

nos ha parecido estulta...

u.. u... propia de la turbamulta...

¡pero no de ti, Roquer!

AUG.—¡Colosall

BAR.—En rima lo que quieras. Es la especialidad de la casa.

¡Recuerda tú, Augusto, que no *en vano*

soy el hombre que ha puesto en verso

siete lecciones del Derecho Romano!

GER.—¡No seáis plomos!

BAR.—Y tercero: nos parece igualmente errada la idea de irse a mudar por si entretanto vieran aquí los pájaros madrugadores; la golondrina, el ruiseñor, la alondra que terminaban los idilios de Romeo y Julieta... y Partagás.

GER.—Habla en serio. ¿Vendrá alguien?

AUG.—Moncha divina.

BAR.—Monchiña de mi alma.

AUG.—Y seguramente la señorita de Castro Retén. ¡Por eso te traemos, mamalón!

BAR.—¿Te enteras ahora?

GER.—Pues aquí me estoy a pie firme todo lo que sea menester, y al que no le guste la indumentaria que me dé un recibo.

AUG.—Plomos, ¿eh?

GER.—(Abrazándoles.)—¡Los mejores amigos del mundo!

ESCENA IV

Dichos. DON SERVANDO, por derecha, de capa.

SER.—Felices, caballeros...

GER.—¡Don Servando!

SER.—Tanto bueno por aquí...

BAR.—¡Viva don Servando!

AUG.—¡Viva el mejor catedrático del mundo!

SER.—Gracias...

BAR.—Lo mismo en Abril que en Junio,
en menguante o en plenilunio,
con sol, con frío o nevando,
viva siempre don Servando,
que jamás causó infortunio
a ningún examinando.

SER.—Gracias... gracias... Pero conviene ir
estudiando por si se pone fiero este año don
Servando.

GER.—¿Quién dice miedo?

SER.—Pues quien puede decir suspenso.

AUG.—Usted es muy bondadoso.

SER.—Fiense, fiense... Un año me voy a inco-
modar de veras contra tanta holgazanería y
no van ustedes a ver un aprobado ni por las nu-

bes. Ustedes se figuran que me tienen engalu-
sado con los saluditos finos y con las dichosas
serenatas... ¡Y no, señor; no, señor!

GER.—Usted suspenderá a quien le parezca...
pero nosotros seguiremos respetándolo y que-
riéndolo.

SER.—No vengamos con zalamerías, ¿eh?

AUG.—Y no hay cuidado.

SER.—¿Cómo que no hay cuidado?

AUG.—Usted no puede suspender a nadie.

SER.—¿Cómo que no puedo?

AUG.—¡Menudo disgusto se llevaba usted!

SER.—(Riendo.)—Eso es verdad. ¡Y de eso
se prevalen ustedes, granujas! Bueno, bueno. Ya
veremos. (Dádoles la mano.)—Celebro mucho
este ratito de conversación, que deseo que se re-
pita, porque yo creo que los estudiantes y los
profesores deben frecuentar el trato para cono-
cerse y para estimarse.

BAR.—Sí, señor.

GER.—Sí, señor.

SER.—Y yo he tenido sumo gusto en verles a
ustedes aquí... ya que no puedo nunca darme el
gusto de verles a ustedes en clase.

BAR.—Yo es que he estado enfermo.

AUG.—Y yo también.

SER.—(A Gerardo.)—Y usted también. Ya lo sé. Pero si tuvieran ustedes la bondad de avisarme el día que se ponen ustedes todos enfermos, enfermaría yo también, evitándome el explicar la conferencia a los bancos solamente.

GER.—¡Mañana vamos!

SER.—Sí, sí. Hoy deben ustedes ir a la Alameda que hace un sol muy hermoso.

BAR.—Este había pedido el libro de texto a Madrid y hasta ayer no le llegó.

SER.—Hasta ayer. Me lo dijeron en Correos, sí. ¿Qué texto ha pedido usted, joven?

GER.—¿Qué texto?

SER.—Sí.

GER.—¿Qué libro de texto?

SER.—Sí, hombre. ¿Todavía no sabe usted cuál? ¡Y llevamos cinco meses de curso!

AUG.—Aún no lo ha desembalado.

BAR.—Porque viene muy atado.

SER.—Déjelo así. Es igual. Le señalé de texto el Rodríguez y Gómez, porque es el menos peor de cuantos se han escrito... pero le voy a dar a ustedes un consejo: que no lo estudien. Ustedes, naturalmente, ya están en ello... pero les explicaré el caso. Entre un alumno que vaya a examinarse y se quede callado, y otro que me

diga muy bien, muy bien el Rodríguez y Gómez, suspendo a éste y doy sobresaliente al otro. ¿Decía usted algo?

GER.—¡No señor, no!

SER.—Y es porque el que no ha estudiado eso está en disposición de aprender la asignatura cuando quiera; mientras que el otro se ha metido en la cabeza tanta broza jurídica, que le imposibilita para saber Derecho mercantil en todos los días de su vida. (Una risita.)—¿No es verdad? Bueno, bueno; hasta mañana, caballeros.

AUG.—¿Qué lección llevamos, don Servando?

SER.—Cualquiera... cualquiera.

GER.—Bien, pues estudiaremos esa.

AUG.—Barcala y yo también.

SER.—¿Usted es Barcala? ¡Barcala, don Casimiro! Su tío de usted, el cura de San Fiz de Abeleiras, me pidió que le haga a usted estudiar.

BAR.—Cosas de mi tío...

SER.—Es verdad, sí, señor. (Una risita.)—Usted ahora es muy joven para eso y el estudio es propio de hombres formales. No se debía ir al Instituto hasta haber cumplido cuarenta y cinco años. Bueno, bueno; le diremos al tío que estudia usted bastante...

BAR.—Dígaselo... a ver si por casualidad se lo cree.

SER.—Vaya, vaya, queden con Dios. Y cuando pasen muchos años, muchos, ¡muchos!, vamos, cuando alguno de ustedes concluya la carrera... por los rincones del mundo adonde la vida los lleve y los esparza, acuérdense algo de que si no faltan dómynes con las disciplinas siempre levantadas creyendo en el axioma antiguo de que la letra con sangre entra, tampoco faltan los catedráticos sabedores de que la juventud es juventud, de que a los padres les cuestan muchos sacrificios las carreras, y de que el hombre, cuando llega a hombre, forzosamente hinca el pico en el trabajo y en el estudio. Recuérdenlo, recuérdenlo y queden con Dios.

(*Mutis por la Catedral.*)

GER.—¡Viva don Servando!

AUG.—¡Viva el Derecho mercantill!

BAR.—¡Viva!

SER.—(*Sin volver la cabeza.*)—¡Recuérdenlo... recuérdenlo!

(*Mutis.*)

ESCENA V

GERARDO, BARCALA y AUGUSTO; luego, por izquierda,
DOÑA SEGUNDA y MONCHA.

GER.—¡Eso es un hombre buenol!

BAR.—Eso es ser un catedrático y no los que

preguntan la asignatura, exponiéndonos a darles una mala contestación, lo que no es correcto.

AUG.—(*Avisándoles.*)—¡A saludar nosotros a la madre, hale!

(*Vienen doña Segunda y Moncha, saludándolas Gerardo y Augusto, hasta que hablando con ellas las acompañan a la Catedral.*)

(*Barcala tose varias veces.*)

MON.—¡Jesús, qué catarro tienes!... Debías ir a sudarlo en casa.

BAR.—¿En la tuya?

MON.—En la tuya. Y no salir hasta que yo te avisara... dentro de dos o tres meses.

BAR.—¡Mismo eres una monada, Monchiñal! ¿Y si te morías de pena en tanto tiempo sin verme?

MON.—Mejoraba.

BAR.—Imposible, que ya eres lo más bonito del mundo.

MON.—¡No seas bobol!

BAR.—¿Sabes? Ya tengo el Mercantil aprobado. Don Servando me lo dijo ahora.

MON.—Falta hace.

BAR.—Bien aprobé el año pasado.

MON.—Pero buenos padrenuestros me costó; que estuve un mes rezando todas las tardes y tenía ya las rodillas en carne viva.

BAR.—¡Malpocadol! ¿Quedó cicatriz?... A ver... si este año te pones almohadones...

MON.—No lo mereces tú, no.

BAR.—¿Pero de veras me rezas, bonitiña?

MON.—¿Y cómo aprobabas si no, filliño? Para que luego digas...

BAR.—La que luego dices eres tú, que tienes celos hasta del aire. ¿Pero yo?

MON.—Sí, ya sé. Un angelito del cielo. San Casimiro, sordo. Nunca da nada.

BAR.—Todo. En cuanto me piden. San Pedro me está diciendo siempre: «Casimirriño, ¡a modo hom! que vástete arruinar...»

D.^a SEG.—Vamos, niña...

BAR.—¿Me quieres de veras?

MON.—Tonta sería...

BAR.—Pero te da esa tontada, ¿verdad?

MON.—¿Y tú, embustero?

D.^a SEG.—Vamos, niña...

MON.—Por la tarde iremos a paseo... pero no te acerques.

BAR.—Descuida, que hasta que vayas no me acerco. ¡Te quiero más, riquiña!

MON.—¿Mucho?

BAR.—¡Muchol!

MON.—¿Pero mucho?

BAR.—¡Mucho, *Mocha*, mucho!

MON.—¡Quita de ahí, bobol!

D.^a SEG.—Vamos, niña...

MON.—Ya voy, mamá.

(*Marcha.*)

BAR.—Y mi tío el señor cura de Fiz

nos hará la pareja más feliz.

MON.—¿Pronto?

BAR.—En cuanto yo sea abogado.

MON.—¡Ay, Virgen! ¡Me voy a casar viejal!

BAR.—Muy joven, muy preciosísima y muy envidiada.

MON.—Por el figurín que me llevo.

BAR.—Por el cariño que le tienen a esta fea.

MON.—¡Muy feal!

BAR.—¡Muy feal!

D.^a SEG.—¿Pero vamos, niña, o no vamos?

MON.—Sí, mamá, sí.

(*Corre y entra. Doña Segunda hace un saludo y entra también.*)

(*Vuelve a salir Moncha por el otro lado del cortinón y llama.*)

MON.—Casi... Casi...

(*Y le da una carta.*)

BAR.—(*Dándole otra carta.*)—En paz.

MON.—¿Por qué no me diste la tuya primero?

BAR.—Para ver si tú habías escrito.

D.^a SEG.—(*Saliendo por el otro lado del cortinón.*)—¿Pero vamos, niña?

MON.—Vamos, sí, vamos.

(*Y por el otro lado del cortinón, mutis las dos. Barcala aguarda un momento y en seguida entra también.*)

ESCENA VI

GERARDO y AUGUSTO

AUG.—¿No te dan envidia?

GER.—Una poca...

AUG.—Supongo que no tendrás queja de lo tuyo. En el casino te despachaste a tu gusto. Tres valsos con ella no te los quita ya nadie y además el rigodón que yo te cedí magnánimamente.

GER.—Sí, estoy muy contento, sí.

AUG.—¿Habéis quedado en amores?

GER.—No, no, aún no. En el primer vals no le dije nada ni se podía hablar fácilmente. Era un vals corrido...

AUG.—Bueno: vals perdido. ¡En el segundo!

GER.—Tampoco le dije nada todavía...

AUG.—¿Pero en el rigodón si hablarías?

GER.—Llevaba ya pensado lo que le iba a decir: «¡Carmen, estoy loco por usted! ¡No vivo, no discurro, no sueño más que con la imagen adorada de usted!... Si alguien pudiera disponer la felicidad lejos y la desgracia al lado de usted, yo no vacilaría para escoger. ¡Todo, la suerte, la fortuna, la salud, los honores, todo lo del mundo, todo, no significa nada para mí ante el amor de usted, Carmen!»

AUG.—¡Pero eso es preciosísimo, Gerardiño!

GER.—(*Algo desconfiado.*)—¿Tú crees?...

AUG.—¡Precioso! No lo hay mejor en las novelas. Y ella ¿qué te contestó?

GER.—No pudo contestarme nada.

AUG.—De emoción, claro. ¡Si mismo era para desmayarse!

GER.—No, no es eso. No pudo responderme porque al fin no le dije nada.

AUG.—¿Cómo que nada? ¿Y la preciosidad que acabas de contarme?

GER.—La llevaba pensada... pero al verme a su lado lo olvidé todo y no supe ya pronunciar palabra.

AUG.—Comprendo el caso... lo comprendo; pero si continuas con esas timideces, impropias

y torpes, para declararte ¡vas a tener que nombrar un apoderado, filliño!

GER.—¡Y yo qué le voy a hacer si materialmente no podía despegar los labios! Por último... y reconociendo lo desairado y lo poco galante de aquel silencio, para empezar le dije: «Señorita... baila usted maravillosamente.»

AUG.—¡Deplorable!

GER.—«Y yo he tenido mucho gusto en sacarla a usted...»

AUG.—De un cajón, sí. ¡Deplorable. Gerardo, deplorable! pero así no acabarás nunca.

GER.—A última hora ya, rabioso conmigo mismo, aproveché el momento de la vuelta de vals, después de la cadena del rigodón, para estrecharla en mis brazos con toda mi alma y decirle: «¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!»

AUG.—¡Caray! ¡caray! ¡caray! No sé cómo le habrá parecido a esa señorita, pero a mi ese final me parece muy claro.

GER.—Una torpeza más. Se puso furiosa y me costó un trabajo impropio el que me perdonara.

AUG.—Muy incomodada... pero siguió hablándote. Bueno. Visto para sentencia... ¡y mi enhorabuena!

GER.—No. De ningún modo quiso acceder a quedar en relaciones conmigo.

AUG.—Si esperas a que una gallega te conteste categóricamente, ya tienes para rato. Moncha lleva amores con Barcala hace dos años, se escriben todos los días y se arrullan casi todas las noches... pero aún no le ha dicho que sí: ¿Verdad, tú, Casimiro?

ESCENA VII

Dichos. BARCALA, de la Catedral.

BAR.—Si es como tú lo dices, verdad será...

GER.—¿Moncha te dijo que sí al pedirla amores?

BAR.—Ni yo se lo pregunté, para no perder el tiempo. Aquí nadie contesta concretamente. Nadie. Mira... De la Puebla del Caramiñal se escapó una parejita de novios para América. Cuando volvieron, el padre de la muchacha, que no los perdonaba, le denunció por rapto. Defendióse el muchacho alegando que ella le acompañara por su voluntad, que volvían queriéndose como antes y para tener el gusto de casarse en su tierra y en su iglesia. Y el Juez le preguntaba a ella si era cierto que marchó por su voluntad. «Será, si señor...» «Dígame fijamente sí o no.» «Bueno, entonces...» «¡Tampo-